

El descredito de la Institución

E.
MIRET
MAGDA
LENA

YA pronostiqué en estas mismas columnas que el asunto del arzobispo Lefèbvre era más significativo e importante de lo que parecía, y que no terminaría tan fácilmente.

A través de él lo que se aprecia es el afán de poder y dominio que ha impuesto la Iglesia católica a sus fieles seguidores.

El Papa —con su profusa y extensa curia eclesiástica— se opone en este caso a un obispo que hace figura de solitario entre el colegio episcopal del mundo entero, compuesto de 2.500 obispos que siguen —al menos externamente— los mandatos pontificios.

Y, sin embargo, se ha evidenciado —a pesar de las llamadas de atención, de las amonestaciones y de la suspensión externa de sus funciones sacerdotales— que el Papa y toda su corte no pueden fácilmente con él.

Yo cada vez me siento en puro espectador ante el desarrollo de este drama eclesiástico, porque me siento muy alejado de lo que una y otra postura antagónica representa en el mundo y en el pensar de hoy. Y la verdad es que se ha evidenciado —en mi opinión— una cosa muy importante. Tanto el arzobispo Lefèbvre como el aparato vaticano pretenden en el fondo una misma cosa: dominar a los creyentes, ejercer su poder omnímodo sobre los cristianos que les siguen.

El arzobispo Lefèbvre no quiere el diálogo, según declaraciones hechas en estos días. Incluso reprocha a Roma el Concilio Vaticano II, que propugnó la apertura dialogal en materias religiosas. Y dice que la Iglesia no puede defender esta postura que consagró Pablo VI en su primera carta encíclica *Ecclesiam Suam*, publicada en 1964. Se indigna del ecumenismo delicuescente que hoy se usa, y no puede comprender —por ejemplo— la nueva actitud católica abierta hacia los anacrónicos e inocentes masones, porque cree que son peligrosos enemigos ocultos y diabólicos que maquinan todavía contra la Iglesia católica, y sobre los cuales siguen pesando —según él— las terribles excomuniones y condenaciones de los Papas del siglo XIX, como si nada hubiera variado con la postura externa de la Iglesia ni en la de esta asociación que predica todavía una paternal moral laica altruista, y que ya no se opone en los países latinos a toda relación con el catolicismo.

El Vaticano —por boca del Papa y de los diferentes altos eclesiásticos que le han servido de intermediarios en este pleito— parece que quiera en estos últimos días suavizar externamente la dureza —e ineficacia— de la suspensión "a divinis" hecha al prelado francés integris-

ta, que se ha convertido así oficialmente en un rebelde. Aunque primero se habló —en medios vaticanos— de herejía, después se rebajó la cosa a un cisma; más tarde se habló de rebeldía, y ahora se intenta suavizar más la cosa, y se está hablando ya —así lo hemos oído en nuestras pantallas televisivas— de oposición de buena fe. Me recuerda este episodio tragicómico a la famosa fábula de la zorra, que cuando no podía coger las uvas que tanto deseaba, las calificaba de estar verdes. Ahora le ocurre a Roma lo mismo: cuando sus palmetazos autoritarios no dan el resultado apetecido, se suaviza la actitud pública y se recurre al tópico de la prudencia romana, sobre todo después que varios católicos independientes —en España bien pocos y en el extranjero bastantes más— hemos hecho ver la inconsecuencia de esta dura postura vaticana, adoptada con un ingenio retrógrado, si se compara con lo que oficialmente prometió el Concilio Vaticano II como actitud de la Iglesia oficial para el futuro.

No nos hagamos ilusiones. Tras esta apertura de brazos, ese suavizar las expresiones, Roma no ha cambiado su actitud táctica. Sigue en el fondo propugnando una misma cosa: el dominio autoritario, sea por medios duros y violentos —como los de la Inquisición de ayer—, o por los más suaves de hoy —aunque a veces parezca usarlos a regañadientes—. El Papa le llama "hermano siempre estimado y venerado por nosotros", y —según un portavoz del Vaticano— "el Pontífice tiene los brazos abiertos para acogerle". Pero, ¿cómo? "Viniendo como el hijo pródigo", o sea, "aceptando humildemente" la necesaria "reconciliación", reconociendo públicamente su error y su equivocación. Incluso le concede la posibilidad de "dialogar" con el Papa (cosa negada hasta ahora repetidamente, a pesar de la insistencia de Lefèbvre); pero —eso sí— "sabiendo antes el Papa las disposiciones con que monseñor Lefèbvre vendría a verle". Esto es decir, en román paladino, que sin una previa sumisión total a la postura romana actual, no hay diálogo. Y cualquier ingenio se preguntaría entonces: ¿qué diálogo es éste? Un diálogo que no es de igualdad —como, sin embargo, pedía en 1964 públicamente el mismo Pablo VI—, sino un diálogo de imposición y sumisión incondicional. Entonces prometía el Papa Montini algo que hoy ha olvidado. En aquel momento propugnaba un diálogo abierto, y así se presentaba, ante la faz del mundo, por primera vez como Papa diciendo: que quería "un coloquio", que "no se presentará armado de coacción externa", sino sólo usará

"los caminos legítimos de la persuasión interior, de la conversación ordinaria..., respetando siempre la libertad personal y civil". Diálogo que además "excluye la condenación apriorística", y que "no se trata de obtener de inmediato la conversión del interlocutor, porque respeta su dignidad y su libertad", y en la cual "su autoridad es intrínseca por la verdad que expone...; no es un mandato ni una imposición".

Yo estoy —como ya he dicho otras veces— contra el retrogradismo religioso de monseñor Lefèbvre, pero igualmente estoy contra ese afán insistente de mando, de dominio y de poder que, bajo palabras más suaves, se quiere ejercer hoy también.

Refiriéndose a Francia decía el presidente de las Asociaciones Familiares Protestantes: "La opinión pública de nuestro país conserva una mentalidad fundamentalmente clerical". ¿Y en qué consiste esta francesa actitud clerical? En algo que ya no se quiere en amplios sectores minoritarios de nuestro país por nuestro pueblo —creyente o no—, pero que todavía persiste en bastantes medios clericales oficialmente católicos de nuestra nación: ese clericalismo es "una referencia instintiva a la autoridad y a la unidad, unidas en una fe definida y gobernada por una institución soberana".

Si, en nuestro país, ¿cuántos católicos —clérigos o no— se han levantado para protestar de esta actitud dominadora de Roma? ¿cuántos han dejado de querer imponer su propia y peculiar postura, dejando de execrar todavía a los que no piensan como ellos, sobre todo cuando están en minoría? Parece como si los errores de Lefèbvre hicieran olvidar en nuestra prensa los mucho más graves y decisivos errores del autoritarismo a ultranza de la institución en la que hemos sido educados religiosamente la mayoría de los españoles.

Yo, como cristiano, reivindico la libertad y el pluralismo, sin uniformismos obligatorios impuestos "manu militari", que no son la postura que se nos había dicho en el Concilio que adoptaría la Iglesia siempre desde ahora. La sinceridad es necesaria en el diálogo, eso sí; pero la imposición y el afán de dominio, no. No queremos una tutela de menores ni civil ni eclesiástica. ■